

# SITUACION DEL ARTE EN UN NUEVO HUMANISMO

HECTOR J. CARTIER

INFORMACIÓN, CIVILIZACIÓN, PROGRESO Y CULTURA

*NACIO EN CHIVILCOY (Pcia. de Bs. As.) en 1907. Se graduó en la Escuela de Bellas Artes "Manuel Belgrano" (Bs. As.). Ejerció la docencia en la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad de La Plata, donde fue profesor de teoría del color y composición hasta 1963. Ex profesor de Visión en las escuelas de Bellas Artes "Prilidiano Pueyrredón" y "Ernesto de la Cárcova", de Buenos Aires. Investigador de los problemas referidos a la educación por el arte, en esta misma revista publicó Experiencia plástica y visión (Nº 6). y El arte como experiencia vital (Nº 15). Residió en Roma (Italia) desde 1964 a 1966, donde ejerció la docencia privada sobre temas de su especialidad. Pintor, conferenciante, ensayista, ha sido director del Instituto de Educación por el Arte. Tiene en preparación: Dibujo de figura, Teoría sobre el color y Factores formales en el desarrollo de la percepción*

**V**IVIMOS y enfrentamos un mundo afectado por una posibilidad de información sin parangón en la historia. Quizá sea un lugar común enunciarlo, lo mismo que indicar los medios técnicos-científicos de esta civilización tecnológica que promueven y facilitan la actual "invasión" informativa cuya dimensión abarca toda la redondez de la tierra. De alguna manera estamos, pasiva o activamente, sometidos a estos bienes —según circunstancias ambientales y personales—, los cuales son en sí mismos factores del progreso y productos de la cultura. Lo que se acaba de afirmar no significa que, necesariamente y siempre, dichos factores y productos sean vehículos de la cultura, es decir, que constituyen fuerzas que promueven y articulan, tanto en lo social como en lo individual, ese hondo sentido que hace a la educación humana en lo humano, por lo cual, razón y sentimiento tienden, por naturaleza y operatividad intrínseca, hacia una integración social y cultural con fisonomía humanística. Dicha fisonomía, si ha de poseer un nuevo sentido humanista o tien-

da hacia un panhumanismo —atento a los signos que configuran situaciones y movimientos en una sociedad de masas con proyecciones internacionales— se juega, hoy como nunca (y habría que estar muy distraído para no darse cuenta), enfrentando dos situaciones en crucial disyuntiva: por un lado, las conciencias individuales con sus libertades personales; por otro lado, la necesaria inserción de ellas en el complejo social en cuanto justicia y derecho, reclamo y defensa.

Sin lugar a dudas, dichos problemas, felizmente, emergen de un fondo ya estructurado, sobre un bien adquirido con años de siglos, configurando un patrimonio social y formas de conciencia indudablemente compartidas por todos: la no existencia de una esclavitud de derecho.

Entre todas las conquistas del hombre, la no esclavitud de derecho es la que marca un auténtico progreso humano que puede cualificar al real sentido de la zarandeada palabra humanismo.

Circunstancias históricas y de desarrollo, ya sean ideológicas, sociales, político-económicas y, sobre todo, de poder y luchas de clases, pueden, a lo largo de la historia, explicar y justificar una situación esclavista. Lo que en cambio no es tan fácil de explicar, y menos de justificar, es la esclavitud de hecho, brutal o solapada, a la que, a distintos niveles, enormes sectores de la humanidad se ve sometida. Esta incongruencia se hace más sospechosa y evidente en la actual civilización, precisamente porque ella es depositaria y poseedora de tantos bienes de orden —entiéndase bienes de la cultura— cimentados por medio de una poderosa estructura técnico-científica como jamás se pudo soñar en épocas no muy lejanas.

Si nos atenemos a algunas interpretaciones de los procesos sociales —entre las cuales, la de C. Lévi-Strauss— referidos a los distintos estadios históricos que cualifican a las civilizaciones, desde las primitivas hasta las tecnológicas modernas, se observará, al encararlas, una dialéctica bifurcación opuesta, sin síntesis de sentido o forma: por un lado, se habla de bienes de orden y organización como bienes de cultura; por otro lado, la sociedad como productora de desorden y desequilibrio. Ambos enfoques de un mismo cuerpo no dejan de mostrar una relación de complementariedad inquietante y por demás desconsoladora, pues, a un mayor desorden social corresponde una mayor producción de bienes de orden y cultura.

Esta paradójica dicotomía entre cultura y sociedad es, en realidad, desconcertante. Este desconcierto se vuelve en la actualidad más evi-

dente debido al avance tecnológico que, en pocas décadas, ha cambiado el mundo circundante y ha alterado el ambiente secular, acelerando procesos, entre ellos los sociales, con el consiguiente advenimiento de las masas al poder. Frente a este hecho incuestionable en una civilización tecnológica, el alto pensamiento investigador, científico, filosófico, antropológico y sociológico —que enfoca relaciones de hombre y mundo—, como así también el arte y la comunicación, entran a ser especulados, condicionados por decisivas realidades con sus nuevos valores y exigencias. Las funciones responden a otras premisas, creando así inéditas escalas portadoras de insospechadas relaciones.

El estado es crítico, apremiante y reflexivo. Los absolutos descienden de sus pedestales y son cuestionados en el campo de los supuestos. Las lógicas y la filosofía, de esencia semántica, se cubren de interrogantes. Las contradicciones son flagrantes, abiertas y, a su vez, publicitadas. Debido a esto, las conciencias individuales ven tambalear, no solamente los viejos esquemas acuñados en la tradición, sino, también, los más próximos, invalidados por la aceleración de los cambios.

En verdad, se puede aventurar, enfrentando la realidad actual —sin asomo de pesimismo, ya que posee alentadores signos promisorios— la siguiente hipótesis: el mundo que nos rodea, acuciante por sus incidencias, poblado de hechos por demás superpuestos, vertiginosos, cambiantes y contradictorios, no crea un ambiente propicio a las formas de cultura poseedoras de valores y determinantes semánticas lo suficientemente encarnadas como para estructurar, en el presente, la imagen compartida de un nuevo humanismo.

A propósito de cultura en cuanto saber encarnado, aún perdura la actualidad de Max Scheler: “Quien, extraño a las difíciles cuestiones de la filosofía y de la psicología, haya de precisar qué sea lo que distingue el “saber culto” de aquel otro saber que, a pesar de su valor, nada tiene que ver con la cultura, percibirá, sin duda, lo siguiente, dicho en términos populares: el saber que se ha convertido en cultura es un saber que se halla perfectamente digerido; es un saber del que no se sabe ya en absoluto cómo fue adquirido, de dónde fue tomado.”

En cambio, el hombre actual se encuentra enfrentado con un inmenso “collage” informativo cuyas yuxtaposiciones, sin nexos aleatorios, van disociando la posibilidad de percibir las relaciones necesarias entre

*información y valor*, entre características estructurales determinantes del hecho y las formas de sentido como su natural consecuencia.

Se puede afirmar que “este nuevo paisaje”, producto de una civilización altamente instrumentalizada, técnicamente poderosa, masivamente informativa y abiertamente competitiva, mira y apunta, sobre todo, al consumo de productos, entre ellos los culturales —por eso existe una industria cultural— sin que éstos lleguen a culminarse en formas de cultura pese a la copiosa capacidad del potencial informativo.

El profuso material informativo abierto al mundo de posibles consumidores —publicitado y contradictorio por sus formas y sentido, configura ese gran “museo imaginario” de lo que fue y está siendo, promovido por inmensos “pantallazos” que de continuo sacuden normas, gustos, actitudes y respuestas— es, pese a la información que entrega, masificante, ya que en una sociedad de consumo se tiende más al aliñamiento que a la meditación que ilumina, más a los apetitos estimulados que a las ideas comprometidas con la realidad exterior junto al fenómeno interior que las acoge y valora.

Quizá por eso aparezca, desde el fondo de la historia, el doble rostro de Jano, que, según Ovidio, en principio se llamaba Caos. Por las circunstancias anotadas ambos perfiles no son testigos de un mismo corazón, no se nutren de un mismo pensamiento seminal pese al ánimo común que los anima. De allí que el signo sea la contradicción, y la contradicción no estructurada es conflicto agudo, agitación, no ordenado movimiento. Contribuye a ésto el siguiente hecho: lo dispar y también el absurdo es abiertamente publicitado y arrojado sobre este nuevo Jano, el cual, integrando una textura masiva, aparece paradójicamente solo, solo de toda desolación.

Tampoco puede, este nuevo Jano, interconectar ese rostro testigo del adentro con el otro del afuera, sacudido e invadido de llamadas excitantes o consoladoras, infernales o paradisiacas. Quizá por ésto se haga presente aquello que decía Max Scheler: “Al cabo de unos diez mil años de “historia”, es nuestra época la *primera* en que el hombre se ha hecho plena, íntegramente “problemático”; “ya no sabe lo que es”; pero tiene —según un comentarista— como contraparte la gran ventaja de “saber que no lo sabe.”

Atentos al presente contexto dominante de una sociedad de masas, pensadores y ensayistas de toda índole, acumulan juicios y propagan aná-

lisis. Recordemos los ya clásicos y divulgados de Ortega: *La rebelión de las masas* y *La deshumanización del arte*, cuyos contenidos, de alguna manera, hacen referencia a un humanismo que fue y que lamentablemente hoy no es, y los de otros autores, los más optimistas, que, urgando en lo que es, apuntan a lo que podría ser, si es que ya no lo está siendo.

El “leit motiv” gira alrededor de la cultura —noción cuestionada en sus alcances y significados— ubicada y usada a distintos niveles: cultura alta, media o baja; cultura refinada, mediocre o brutal. Sobre este tema se discute, problematiza y reflexiona. Enfocada, desde la denominada alta cultura, se mira y analiza a la cultura media y de masas. Allí nos encontramos con los disconformes y los conformes, con los *apocalípticos* y los *integrados*, según calificación ya difundida, de feliz cuño, debida a Umberto Eco.

Comentando dicha polémica, dirá Valeriano Bozal, en *Industria de la cultura*, donde se compilan ensayos sobre el tema debidos a Daniel Bell, Dwight Macdonald, Edward Greenberg, Leo Lowntal, Paul F. Lazarsfeld y Robert K. Merton, que: “En unos y en otros hay el mismo ideal y semejante presupuesto teórico. El ideal es el hombre renacentista. El hombre del siglo XVI, el humanista, es el modelo al que miden al de hoy. Si nuestro contemporáneo se sumerge en el mundo del *comic*, de la televisión, se masifica culturalmente (también socialmente), está alejándose cada vez más del ideal, esa poderosa personalidad perfecta y coherente que es el humanista. La condena cae entonces sobre la cultura popular, pálido reflejo de la alta cultura que los intelectuales-humanistas profesan. Pero también es cierto que, como dicen los *integrados*, nunca han estado las masas tan cerca y en contacto con los productos que ese ideal elaboró, y que ello se debe, precisamente, a la industria de la cultura.”

Es que el material informativo, complejo y profuso, propuesto por la industria de la cultura, si bien entera, ilustra o entrega notas que “visiten” y adornan culturalmente, en esencia no es cultura, la esperada y a la altura de los tiempos. Y no lo es debido a que, en la mayoría, el contenido del material cultural no mira directamente al hombre en lo humano a fin de liberarlo e integrarlo, a su vez, socialmente. Basta recorrer, con mente clara y sentido humano, ese inmenso material dirigido a provocar el mayor consumo mediante el recurso de “golpes” excitantes y bajos.

Además, en la mayoría de los casos, los campos de la conciencia que promueven a esa industria cultural, explícita o implícitamente responden a estructuras de poderes que, dividida en sectores sociales, manipulan las secuencias entre dominantes y dominados. Si por una gracia especial, los esclavos del poder y los esclavizados por él tomasen conciencia de su situación esclavista, dejarían de ser esclavos, con lo cual se daría, por lo humano consciente y en proceso progresista, el gran paso decisivo hacia un nuevo humanismo. Sólo allí, el arte de argüir a espaldas del hombre y de lo humano se transmutaría en enfrentamiento decidido con dimensiones sociales; el mensaje dejaría de ser el “masaje” y el *yo* cantaría en la pluralidad del *ello*. Sólo así se rompería esa absurda dicotomía entre trabajo intelectual y trabajo físico. El hombre humanizado se abriría hacia una tarea comunitaria sin enajenar por ello su libertad creadora. Se comprenderá entonces, que no todo desarrollo es progreso. No toda riqueza asegura la conservación del árbol. Por eso mismo, cuando una civilización progresa, preferirá, para elevarse más, ahondar sus raíces en las piedras que yuxtaponer ramas sobre ramas.

Quizá se haga necesario aclarar más el sentido de los términos, dado que muchos, alucinados por el desarrollo en sí, se permiten emitir la aserción falsa y gratuita que repudia la tradición —que da sentido al alma de los pueblos y les configura su fisonomía propia— en aras del progreso. Ven en la tradición nada más que un escondrijo donde se ocultan agazapados, eruditos y perimidos y, lo que es peor, sentimentales cursis.

Para éstos la tradición es una momia, trasladada de su hipogeo al día que vivimos. De aquí su temor a la momia, que, interpuesta entre nosotros y el porvenir, nos impida el crecimiento y el adelanto. Pero la tradición es vida. Y la vida por sí sola se expande. En nuestro caso esa expansión llámase progreso. El progreso es avance en perfección, es crecimiento ordenado, connatural en el que crece. De otra manera sería anómalo, y, en grado extremo, monstruoso.

A nadie le será desconocido, si es que siente y encarna lo que late y vive en el alma de su pueblo, cómo, por intereses extraños al ser mismo que la conforma, es debilitada y desnaturalizada con la intrusión de adelantos y novedades. Ello sea dicho mirando, sobre todo, a los contenidos de las formas expresivas.

Se hace notar también que, pese a la larga experiencia humano-

histórica del pensamiento con los bienes actuales de esta civilización técnico-científica —llámese atómica o cibernética—, y que ha transformado el ámbito exterior del hombre, es impotente, en cambio, para transformar el interior humano, que es precisamente el creador de los bienes de la ciencia y de la técnica. Por medio de ella puede cambiar, y cambia, en poco tiempo, regiones inhóspitas en un mundo habitable, quizá confortable, poblado de carreteras y pistas, hospitales y clínicas, lugares de recreo y salas de espectáculos. Junto a éstos se desarrollan las más poderosas máquinas de la agresión, conocidas algunas, desconocidas otras, empleadas, en empleo y por emplearse.

Con ello deducimos que la civilización en sí no implica necesariamente honda cultura humana. Los siglos que han acumulado tantos conocimientos son aún impotentes para transformar al hombre en humano, pues, si así lo fuese, con tantos poderes, éste los dirigiría contra el hambre y la miseria, contra la competencia torpe, que, oculta o manifiesta, organiza poderosos instrumentos de opresión. Sobre todo, dirigiría sus esfuerzos contra las guerras de todo orden. En cambio, administraría, compartiría y gozaría de incontables bienes, de esos bienes que son, indudablemente, los de la cultura.

En síntesis, hay motivos para dudar que la copiosa información e instrucción, tan favorecidas por los medios actuales de divulgación, tengan mucho que ver con la cultura, con esa cultura que posee la capacidad de transformar al hombre en humano, en ese hombre nuevo —del deseado humanismo— que no persiga privilegios ni dominaciones, sino bienes para compartir en cuanto valores de servicio, de los cuales se beneficia a su vez como tesoro social. “Cultura, dirá A. N. Whitehead, es actividad del pensamiento, y receptividad a la belleza y sentimientos humanos. Los fragmentos de información no tienen nada que ver con ella. Un hombre simplemente bien informado es lo más fastidioso e inútil que hay sobre la tierra. Lo que debemos tratar de producir es hombres que posean al mismo tiempo cultura y un conocimiento experto en determinada especialidad. Sus conocimientos especializados les servirán de punto de partida, y la cultura les hará profundizar con la filosofía y elevarse con el arte”.

#### EL ARTE COMO CULTURA ES HUMANISMO

El arte, en sus distintas manifestaciones —plásticas, literarias, musicales, etc.— si se lo considera como un factor que contribuye al

progreso humano y, al mismo tiempo, una alta determinante del humanismo, debería ser reflexionado como un hecho eminentemente cultural y de incuestionable función social.

La verdad es que, lamentablemente, para muchas personas de gran ilustración y prolijos conocimientos tecnológicos especializados, el arte —esa profunda manifestación del espíritu humano que abre al ser desde lo sensible— es una especie de adorno cultural, una forma de cubrir los huecos ociosos de la vida y, lo que es peor, una especie de lujo superfluo. En cambio, la realidad es muy otra ya que el arte, lo mismo que la ciencia y la filosofía, hace a la cultura misma por su singular dimensión de apertura al mundo, por su sentido integrador y por su proyección vital y social.

Por eso dirá Pierre Francastel en *La realidad figurativa* que: “La estética penetra en cada uno de nuestros pensamientos y de nuestras acciones. Un lazo estrecho existe entre las especulaciones más libres y en apariencia más gratuitas de los artistas y la disposición representativa del universo que nos rodea. Jamás, en época alguna, la técnica sola ha determinado la forma de nuestras acciones; ella provee siempre los medios, pero no es más que una virtualidad o un proceso de aplicación; al igual que el arte, la técnica oscila entre la distinción fundamental de la serie y del prototipo; pero cuando el técnico superior crea no sólo un objeto sino una forma, actúa como artista, es decir como creador, no sólo de conceptos u objetos, sino de esquemas del pensamiento. En una palabra, existe un pensamiento plástico como existe un pensamiento matemático o un pensamiento político y es esta forma de pensamiento la que hasta ahora ha sido mal comprendida. Que al escribir un libro sobre la epistemología genética y al analizar sucesivamente las diversas formas de la acción de su época, un hombre como M. Jean Piaget haya podido ignorar pura y simplemente el problema planteado por la existencia del arte, constituye un escándalo intelectual que mide la necesidad de una reflexión sobre estos problemas. Y salta a la vista que es imposible confrontar entre sí disciplinas como la historia, la sociología y la historia del arte reducida a una especie de herbario, si no se ha llegado de antemano a dilucidar la naturaleza del hecho artístico en sus relaciones con la sociedad.”

Por eso mismo resulta inadecuado, cuando no absurdo, concebir a la conciencia individual creadora en un vacío social. La conciencia personal implica, no sólo interioridad sino también inherencia histó-

rica e inserción en el mundo, en su mundo actual en cuanto ámbito y circunstancia. No se deja por ello de valorar las grandes personalidades como capaces de elaborar, proponer y proyectar una síntesis ejemplar, medular y prototípica de cualquier humanismo. La historia de las ciencias y las artes nos muestran magníficos arquetipos. Con todo, en la mayoría de los casos, no fueron ellos sus usufructuarios. Entregaron el oro de sus experiencias a sus epígonos y a la sociedad con un hondo sentido humanista y de progreso humano. Las creaciones del hombre, por avanzadas que sean, tienen un depositario y un impulsor a la vez: el hombre mismo, con sus pruebas y errores y dialécticos claroscuros frente al misterio que lo trasciende, su eterna meta acuciante.

El arte, el arte auténtico, por calar en origen y en presencias que abrevan en lo profundo del ser, plasma imágenes que exceden a lo circunstancial configurado por gustos, maneras o esquemas a la moda. Por eso mismo su gran disponibilidad actual a través de los tiempos. Lo que puede ser perimido son las formas exteriores de manifestarse, cambiadas por nuevos sistemas de equivalencias expresivas que en nada invalidan a su génesis original como productos estéticos de la "artisticidad" inherente a la especie humana. Desde el arte primitivo hasta el actual cantan en presente, están a la espera de ser descubiertos para iluminarnos con sus presencias en la medida que nos dejemos acontecer sintiendo, en libertad y apertura. Por lo mismo, cuando sus creadores o consumidores no se han cristalizado o amanerado, por influencias extra-estéticas, el arte es un hecho de cultura premonitor y de constante progreso humano.

Si se desecha lo que se acaba de afirmar —lo cual puede observarse en altos sectores propagadores y depositarios de la cultura— resulta imposible percibir la capacidad del arte para configurar el plano de lo cultural y comprender la naturaleza del hecho artístico. Por eso mismo, los creadores del arte se ven invadidos y constreñidos por exigencias que no tienen en cuenta la libertad creadora, madre del arte. Intereses de todo orden, ideológicos, de gustos, de clases y de prestigios, con sus moralinas incluidas, arremeten contra el arte y sus creadores. Invaden también los derechos propios de la creación artística muchos "protectores" y comentaristas que, desde fuera del arte mismo, digitan vidas y muertes, formas y procesos. Unamos a éstos, a los que en nombre de cualquier mecenazgo, como dijo Francastel, utilizan y mantienen al arte aunque no son, precisamente, quienes lo engendran.

Por esto, y por obvias razones de cultura, urge valorar la significación del arte y el artista, tan empañada por argumentos extra-estéticos. Es esta una necesidad, ya que la propagación del arte, abierto a todos por los medios audio-visuales, llega masivamente, sea por la publicidad que de él se hace, sea por la industria de la cultura.

Por lo dicho, concebir al arte como un hecho más, e incluso prescindible, es ignorarlo. No considerarlo en el plano de las grandes realizaciones que propugnan al desarrollo humano es una forma de incultura que “constituye un escándalo intelectual que mide la necesidad de una reflexión de estos problemas”. Esto sea dicho, como se podrá entender, no apuntando a la cultura media o baja, sino precisamente allí donde están ubicados hombres y estructuras educacionales representantes de la alta cultura especulativa y práctica, y aún, por extraña paradoja, en muchas escuelas de arte.

Recalco otro hecho que pretende convertir al arte creador en un ilustrador cuando no en un panfleto más con los “slogans” de turno. En nombre de problemas sociales, políticos-económicos, con sus grandes ideas y, también, ideologías —sin negarle un ápice sus urgencias— se pretende condicionar a los artistas no sólo en sus temas, sino (lo que es peor) en las formas y los contenidos de sus creaciones. Así, en nombre de responsabilidades sociales —que nadie niega y menos los artistas, que la asumen por medio de sus productos artísticos en cuanto arte y creación— se imponen formas y actitudes ajenas al arte mismo. Se ignora o parece ignorarse que quien está comprometido con el arte lo está con el hombre.

Implícita o explícitamente todo auténtico creador excede, por penetración y presencia, por contacto y ubicación trascendente, a sus propios sentimientos, por muy privados o subjetivos que sean. Por eso mismo, a la ansiedad creativa, a la entrega instauradora de mundos que el artista acoge, sólo le interesan aquellos sentimientos, aquellas presencias que lo integran en la humanidad del hombre al cual asume y re-presenta. De aquí su enorme dimensión humanística y cultural del mensaje estético, que abre siempre horizontes al avance humano.

Si sólo pensáramos o nos diéramos cuenta de que, como hecho de elevación humana el arte articula el sentimiento a fin de que el hombre no se abandone y se pierda en la emoción amorfa, calaríamos en

el sentido íntimo y propio del arte y, a la vez, en su valor, fuerza proyectiva y de apertura promovida en el hombre, su destinatario.

Por lo que se acaba de afirmar, muchos creadores, sin duda implicados en la actual e inquietante situación social, no dejan por ello de defender la libertad de expresión y responsabilidad creadora. Recordemos, entre otros, a Julio Cortázar, quien manifiesta, contestando a interlocutores que exigen del escritor una actitud ajena a su responsabilidad imperiosa y conscientemente asumida: "Ahora bien, esa obra —y aquí está lo esencial del malentendido al nivel de muchos lectores y políticos revolucionarios— si verdaderamente merece el nombre de creación, si agrega nuevas conquistas mentales o sensibles al patrimonio que queremos legar al hombre nuevo, se sitúa casi siempre en desajuste con su tiempo, ese desajuste en el que vivió Van Gogh, a quien nadie le compró jamás uno de sus cuadros, que hoy valen millones, ese desajuste en que vivieron un Schonberg, un James Joyce o un Maiakovsky. Cuando más revolucionaria es una obra, más se adelanta a su tiempo. Sé que eso es obvio y conocido, pero también sé que en América latina hay demasiados compañeros que lo ignoran o, lo que es peor, que fingen ignorarlo. Y entonces sucede que se acusa al creador de caer en el bizantinismo o en la 'chinoiserie' (¡en sentido estético, entiéndase bien!) e incluso de querer 'épater le révolutionnaire' como antaño se trataba de 'épater le bourgeois'."

Ese hombre nuevo, el esperado del nuevo humanismo, sabrá que la cultura no es un privilegio ni un disfrute de grupos, sino un bien que, pese a los distintos niveles de advenimiento a ella, es entregado limpio y sin los recodos oscuros del uso y el dominio. De lo contrario la cultura misma se hace vil y mezquina, sin amor y sin humanidad y, por lo tanto, degradante.

Es de esperar, sin concepciones utópicas o mesiánicas, dadas las condiciones que la actual civilización tecnológica y científica ofrece en todos los campos de la investigación, entre ellos los humanísticos y sociales, se avanzará y será superado el anterior humanismo, por el cual, ansiosamente, muchas mentes ilustradas se lamentan y padecen. No se desconoce, sería absurdo no apreciarlo, la riqueza en hallazgos culturales de la cual somos deudores al humanismo renacentista. No olvidemos, sin embargo, que en su base está la dura lucha de poderes marcada por la declinación del feudalismo enfrentado a la burguesía floreciente.

El *nuevo humanismo*, es de esperar, superará las ideologías burguesas y las que hoy inspiran el ascenso masivo de las muchedumbres aburguesadas, las cuales apetecen los mismos poderes que intentan abolir. El nuevo humanismo, si lo signa la estrella del auténtico progreso, transmutará la oscura condición masiva en pueblos mancomunados por ideales humanos, respetados y defendidos en justicia y libertad porque ellos mismos serán sus gestores.

La cultura del hombre, enfocada desde lo humano y por la humanidad rescatada, adquirirá y dará también un nuevo valor a la vida y a la historia y conjuntamente a la cultura y el arte. En cuanto a las artes plásticas como potencias desencadenantes del nuevo humanismo, anotemos lo que anunciara S. I. Hayakawa —sin olvidar, por otra parte, que el gran arte siempre lo propuso, ya que ha propiciado un despertar de la percepción desde el mundo imaginante—: “La reorganización de nuestros hábitos visuales de modo que no percibamos ya ‘cosas’ aisladas en el ‘espacio’ sino la estructura, el orden y la conexión de los acontecimientos en el espacio-tiempo constituye quizás la más profunda revolución posible; y se trata de una revolución que no sólo el arte espera desde hace mucho sino también toda nuestra experiencia”.

De llegar a ser posible que el nuevo hombre —el hombre esperado— configure y culmine el real nuevo humanismo, con su enorme sentido social y humano, valorará aún más el legado cultural de los grandes pioneros y de su entrega propiciatoria en pro de los bienes humanos, y en una visión histórica retrospectiva nos verá como si no hubiésemos siquiera superado el estado de barbarie.